

# H O M I L I A A L O S E S T U D I A N T E S

Por Ezequiel MARTINEZ ESTRADA

**O**TRA VEZ más no quiero, no pretendo halagaros ni provocar hacia mí una simpatía que nunca solicité ni solicitaré. Siempre, como ahora, me he dirigido a vosotros como padre severo y como maestro inflexible, no como instructor ni como preceptor. Prefiero suscitar en vosotros antes el descontento que un mutuo acuerdo que no podría ser duradero. De optar entre ser comprendido hoy y no mañana, o viceversa, elijo esta última alternativa. ¿Cómo podemos entablar un diálogo comprensivo si nos separan medio siglo de edad, ideales distintos, la reflexión alquitarada por los años y la impetuosa acometividad de la juventud? No lo sé, y temo que sea propósito frustráneo. Tengo la experiencia de que no sé convencer porque no sé fingir; y, asimismo, que toda verdad que se acepta de inmediato y con beneplácito, es una mentira disimulada. Las verdades no son dulces de confitería, sino amargas raíces de la tierra.

Yo no os pido que tengáis fe en mí, puesto que no soy profeta ni apóstol, sino un estudioso de la realidad social y, si no es mucha vanidad, un artista. Ni siquiera os sugiero que creáis que pueda ser yo un experto digno de confianza. Por eso os remitiré a algunos de mis maestros, los que me han dado fe y valor. Os pido, nada más, que meditéis más tarde, al menos unas horas, las palabras que ahora se disuelven en el aire.

No ignoro que estáis desconcertados y que buscáis una luz orientadora en la noche cerrada que a todos los ciega. Yo una vez os invité a que camináramos conversando a orillas del Napostá, ya que no tenemos aquí el Iliso de Atenas, por el Parque de Mayo, ya que no tenemos el Jardín de Acadero. En cambio, vosotros me invitasteis a vuestras aulas más confortables, quizá porque se piensa mejor sentado que andando; y por cortesía. Como yo prefiero la intemperie, nos despedimos y nos olvidamos. ¿A quiénes acudir?

En razón de que no los hay vivos, tenéis que buscar en el pasado a vuestros guías, a los que os orienten sin perfidia ni interés, a los que conocen el país como baquianos y rastreadores si no como agrimensores y cateadores de terrenos petrolíferos. Estáis desorientados porque hace muchos años que han muerto los conductores y sus señales al porvenir han sido casi totalmente olvidadas, cambiadas las luces de los semáforos; trastrocados están el rojo y el verde. Me podréis objetar que la juventud de hoy necesita guías de hoy, que os propongo la lectura de textos paleográficos, y yo os responderé que no; y que de ese error dimana parte de vuestro desconcierto. No hay peligro más grande que confiarse a un guía inexperto si no es el de confiarse a un guía malvado. Además, existen los cartógrafos que hacen mapas de los caminos, y los que trasladan pasajeros.

Los educadores más efectivos son los que enseñan con el ejemplo. Lo dijo

Séneca: "Lo que es largo por preceptos es breve y eficaz por ejemplos." Si os he dicho que no habéis tenido maestros y si instructores, debo agregar que habéis tenido los peores educadores que imaginarse pueda. En una democracia, los educadores son los magistrados y los funcionarios del Estado. Lo que cada uno de ellos hace como sin pensarlo, no pueden hacerlo mil maestros en quinientas escuelas; en una hora construyen lo que no es posible en un año de estudios, y en una hora destruyen la paciente labor de mucho tiempo. Ellos pueden educar e instruir, pero también pueden corromper y envilecer. Escuchad esta confidencia: hace más de ochenta años que los educadores son, en la República Argentina, los que corrompen y envilecen. Desoid, pues, los malos ejemplos con que se deseduca al pueblo y se le inculcan enseñanzas perniciosas; y no olvidéis que, según testimonios fidedignos, Satanás habla desde los palacios de los poderosos y el Señor desde las cabañas de los pescadores.

Esta desorientación vuestra a mí me parece natural. También yo estoy perplejo, pero casi más que ante el cuadro del país que tengo a la vista, perplejo de vuestra perplejidad. Es hecho significativo que hasta ayer hayan sido los talentos de vanguardia los que me han fustigado más desconsideradamente, sea desde el ángulo doctrinario del marxismo, sea desde el filosófico de la praxis y del logos. Siempre he defendido al "homo sapiens" contra el "homo faber". Yo sería un pensador sin contacto con las estructuras fundamentales de nuestra sociedad, sordo a los alaridos del determinismo económico. Los talentos conservadores y reaccionarios me trataron en cambio con respeto, y de ellos he recibido más honras que de los otros, empezando por Leopoldo Lugones, con



"que os orienten sin perfidia ni interés"

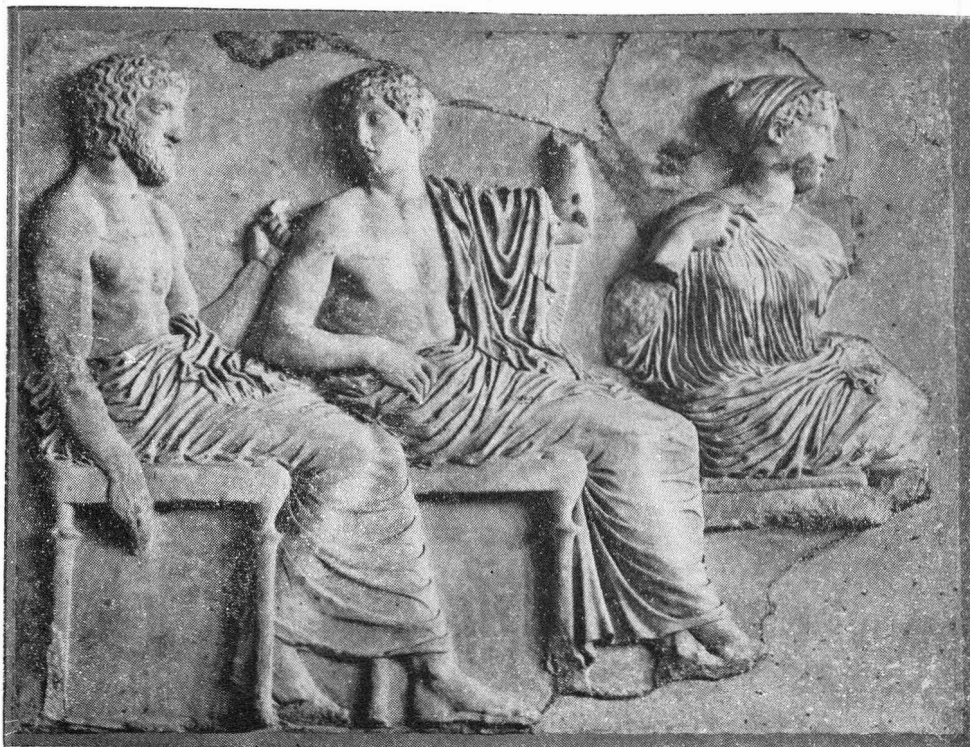
quien me entendía muy bien pensando de otro modo. ¿Qué ocurre, pues? Yo no creo ser un conservador ni un reaccionario, sino más bien —y esto es lo que ofusca a los jóvenes ofuscados— un hombre que diferencia los principios de las tácticas, el logos de la praxis, los deberes de conciencia de las obligaciones municipales, el patriotismo del nacionalismo, la libertad del liberalismo, la conducta recta de la conducta endurecida. Si no habéis encontrado en mí hasta ayer, diré hasta hoy, en qué pude servirlos como fue mi propósito, debo analizar con vosotros a qué lo atribuyo.

Lo atribuyo en primer término a que no habéis tenido verdaderos maestros de principios y sí de tácticas, por lo que habéis confundido unos con otros. En vez de tomar como baquianos y rastreadores a los que conocían la tierra y el hombre argentinos, los habéis buscado entre los discípulos de Maquiavelo y de Ignacio de Loyola; entre los que acomodan las normas a las circunstancias, la conciencia a los hechos; entre los que navegan a favor de los vientos y no entre quienes confrontamos las circunstancias con las normas, y lo transitorio con lo eterno. Por estas someras indicaciones y por muchísimas otras que pueden inferirse de ellas, os he aconsejado acudir a los fundadores de la república y de la democracia argentinas, sin pensar en el tiempo sino en el provecho y en la garantía de sus veredictos. Habéis preferido la vara de acero a la plomada, la fuerza de los hechos al poder inmenso de las leyes morales, de los deberes de conciencia, la letra del derecho al espíritu de la justicia. Vuestra desorientación me entristece mucho más que me asombra. Habéis desconfiado demasiado de vuestra misión de jóvenes, y habéis obedecido con excesiva docilidad. No habéis sido libres, ni mucho menos; habéis sido sometidos a servidumbre engañosa, porque creísteis, u os lo hicieron creer, que si desacatabais los consejos de la sabiduría erais revolucionarios, o que si enajenabais vuestra saludable rebeldía erais gonfaloneros del orden y el derecho. Habéis incurrido en los dos excesos diametrales porque os faltaba el apoyo en el centro del sistema, que no podía ni podrá ser otro que el de vosotros mismos: vuestra propia persona, vuestro ser, vuestro yo auténtico. Lo llamo la conciencia. Si no lo habéis encontrado es porque no lo habéis buscado, y si no lo habéis buscado es porque creísteis haberlo hallado en los demás. Para usar del lenguaje marxista: estáis enajenados, extrañados de vosotros mismos. De donde vuestra desorientación, que no es mucho más que la falta de un apoyo sólido y seguro. El apoyo sólido y seguro no está en las tácticas sino en los principios, en el logos y no en la praxis. Esto es marxismo sin comunismo doctrinario, esto es ciencia y no demagogia, filosofía y no política. Pero vuestra mayor culpa como estudiantes ha sido creer que socialismo o capitalismo, teorías científicas de la sociedad y de la economía, eran meras tácticas para lograr el poder, y que los políticos militantes poseían el secreto espagírico de transmutarlas en acción. Confundisteis a los químicos con los alquimistas y a los apóstoles con los impostores. Me diréis que por vosotros mismos no podíais distinguir a los unos de los otros; pero

vosotros no estabais como otros jóvenes, que apenas hicieron la escuela primaria, sin auxilios espirituales. ¿No teníais, pues, guías ni maestros? ¿Teníais solamente profesores? ¿Es que estabais tan solos, en tan desvalida orfandad a pesar de que formabais equipos numerosos y disciplinados? Entonces, ¿qué estudiabais y para qué? Lo que ocurre, me parece, es que vosotros pertenecéis a las falanges victoriosas, a los vencedores, a los que además de tener el privilegio de la fortuna tienen el privilegio del saber. Sois, pues, si me permitís un reproche paternal, servidores de la reacción en cuanto contribuís involuntariamente a justificarla y a darle las armas que no tiene. La mayor fuerza de la reacción está en vuestra debilidad. Y si me objetáis, no obstante, con los demagogos, que la juventud no debe tener preceptos sino coraje, os diré que habéis sido engañados, que desdeñáis la infalible voz de vuestra conciencia para obedecer las voces de mando de los comandantes de muchedumbres.

Yo no os aconsejo moderación, sin embargo, sino cordura y pasión; no digo que seáis más mesurados, sino que respetéis la ley universal de las medidas. Las medidas humanas están dadas en las tablas de valores y no en las pizarras de los precios. Os falta precisamente la fuerza incontrastable de la juventud, que es el ideal. No tenéis ideal porque vuestros pilotos y timoneles no los tienen, y si cartas de navegación por mares que no conocen. Por eso muchachas y muchachos del pueblo, del que trabaja y no estudia, os llevan ventaja en muchas asignaturas de la vida diaria. A ellos la vida los mantiene alerta, y esta es también una forma de tener conciencia y ser sensible y de estar seguro. Ser consciente vale decir vivir alerta, llevar siempre en el alma un demonio socrático que no duerme y que no ordena imperativamente lo que debemos pensar y hacer. Sin esa conciencia vigilante, ¿cómo podréis hacer nada sin que cualquier acción sea un peligro, un albur, puesto que sois móviles impulsados desde fuera? Defendéis o atacáis sin convicción aunque con entusiasmo, con ardor aunque sin la fe que santifica hasta los errores. Estáis acostumbrados a argumentar como si estudiaseis abogacía, y os falta esa frescura espontánea y animal de los que creen sin razonar. Pues aunque tengáis opiniones políticas, no tenéis convicciones religiosas; ¿o es que ignoráis que todos los revolucionarios han sido religiosos, puesto que no hay incredulidad posible cuando se tiene un ideal y se está dispuesto a morir por él? Os recordaré una definición de Péguy, que es célebre en todo el mundo. Está en su hermoso libro *Nuestra juventud*. Dice que el misticismo de los jóvenes dreyfusards que defendían en Dreyfus la justicia y un ideal humano indefinido degeneró en la política de los dreyfusistas que hicieron de esa causa, que era de la humanidad, una bandera de partido. Esa es la espagírica de la política militante.

¿Me aventuraría mucho si dijera que tenéis vergüenza de ser idealistas, soñadores y místicos, diré dreyfusards; que leéis folletos sectarios en vez de poesía, y que lo hacéis un poco por creer que la praxis es más viril que el logos? Este es también un prejuicio que todos nosotros heredamos de los conquistadores, un prejuicio pecuario de la varonilidad,



"llevar siempre en el alma un demonio socrático"

el mismo con que otros pueblos han forjado el fetichismo de la máquina. No os alarméis por este diagnóstico: somos pueblo sin ideales, positivista y pragmático; hemos cambiado los maestros de humanidades por los capitanes de industria, como dice Thorstein Veblen. Y es porque olvidamos lo que dice Toynbee —para demostraros cierta erudición—: que cuando no se sigue el ritmo de la lira de Orfeo se marca el paso al compás del tambor del sargento de órdenes. Ni las madres cuentan cuentos a sus hijos, ni los padres les hablan de aventuras mitológicas, ni de empresas que levantan el alma a la fantasía por la imaginación. Eso no da ganancias, bien lo sé, y estorba. Y si insistís, con alarde juvenil, en que sois marxistas y que el ideal es una superestructura, os contestaré categóricamente que no es cierto: que el marxismo que invocáis es un ideal humanista y de cultura más que una doctrina utilitaria, que es un ideal y no una táctica, que es una utopía y no un tratado de ajedrez, que es una moral y una justicia y no una violencia destructora.

Pero no creáis que os atribuyo exceso de rebeldía, sino todo lo contrario, exceso de obediencia; sólo que, como hace un momento os he dicho, obedecéis a los instructores y no a los maestros, a los predicadores de insubordinación y no a los luchadores que saben morir sin alborotar. No habéis pensado nunca en Sócrates, ni en Giordano Bruno, ni en los mártires de la libertad de pensamiento que siguen siendo sacrificados aun en nuestros días. Porque no os he visto luchar por ninguna fe y sí por muchas consignas sectarias. No os han enseñado a venerar a los mártires sino a celebrar a los triunfadores. Os han inculcado las doctrinas norteamericanas y soviéticas del éxito y del deporte, del progreso mecánico y de la praxis idolizada en la técnica. Creéis en otros mitos que yo, apostáis a los números de suerte. El desiderátum de esas doctrinas es: primero, el homo que fabrica herramientas, y segundo, el homo que fabrica armas. ¿Qué otra cosa podríais hacer, dada vuestra situación en el mundo?

En este momento no puedo responder a esa pregunta, porque me llevaría mucho tiempo y no me escucharíais, pero debo deciros qué manual de especialización os aconsejo que aprendáis de memoria y que así lo conservéis en vuestra alma para siempre: es la *Apología de Sócrates*, por Platón. Asentaréis los pies en tierra firme, tomaréis contacto con un hombre verdadero, sentiréis que una fuerza inmensa despierta en vosotros, os sostiene y os conduce. Porque el primer paso para regresar a vuestras vidas, para rescataros de la enajenación, es recobraros a vosotros mismos. Quiero que os reconquistéis, pues, con lo cual contribuiréis a estabilizar todo un sistema que se derrumba porque está decrepito y también porque aun lo que tenía de admirable está ensangrentado y envilecido. No podéis tomar parte en esa empresa grandiosa y terrible si no os habéis recuperado, salvado de esa fábrica en quiebra. Que por lo menos estéis bien plantados en tierra firme, bien arraigados en nuestra tierra nativa, para que no seáis, vosotros y nosotros, arrollados por el sismo. Y puesto que sois jóvenes y acaso desdeñáis con razón las rutas pavimentadas, sabed que vuestra brújula no es tanto el conocimiento de las reglas del tránsito cuanto el impulso de la orientación por la conciencia, por el demonio socrático. Tenéis que orientaros antes de lanzaros a volar. Excusadme: tengo obligatoriamente que hablaros de brújulas y de dictados del corazón, porque además de metáforas son instrumentos tan seguros como los teodolitos y el análisis matemático. Si me desaprobáis probaréis que tenéis ya ideas demasiado rígidas, que tenéis dogmas y no tenéis fe. He dicho rumbo y no plano de turismo. El rumbo está en nosotros, en nuestra intimidad, en nuestra conciencia; y ése es el instinto infalible de las aves migratorias, que no necesitan de mapas para volar hacia la meta, y que tampoco se espantan en las tormentas. Os han enseñado a desconfiar de esa luz interior, único lazarillo del ignorante, y a que creáis en el consejo extraño, particularmente de los que creen tener el privilegio de orientar a los demás. De una



"no temáis el amor a la libertad"

introspección hasta el fondo mismo de la conciencia, Descartes extrajo toda la filosofía moderna que lleva a la epistemología crítica de Kant y a la fenomenología de Husserl. De ahí extraen sus doctrinas Tolstói y el Mahatma Gandhi. En oposición diametral a esos humildes servidores del daimón socrático hay un género de guías vociferadores que hasta vaticinan; género pululante entre nosotros, que ha declarado públicamente su incompetencia e inoperancia, y que son los hombres vulgares que hacen de la política más que un instrumento de acción una finalidad, de las tácticas un principio, del oro y la fruta escoria y magma. Taxativamente: los políticos y los militares.

Sería muy grave que conscientemente prefirierais los líderes a los maestros, que cambiarais los apóstoles y visionarios por los instructores de cuartel y los capataces de fábrica. Casi todas mis divergencias con vosotros provienen de mis herejías de esta clase. Muchos de vosotros recordaréis cuál ha sido mi tesis inflexible: la vida del pensamiento, que se organiza y sistematiza profesionalmente en la Universidad, requiere la libertad, el aire libre; la que se genera y desarrolla en el ágora, o sea en la plaza pública, requiere la disciplina y el método. Vosotros necesitáis la libertad. Tanto la sumisión a los dictámenes del dogma pedagógico o eclesiástico —fueron uno mismo— cuanto a las normas de los reglamentos y estatutos son trabas para que el pensamiento alcance su desarrollo pleno y el vuelo máximo según sus posibilidades naturales. Os confieso mis preferencias por las especies silvestres y por los talentos indómitos. Pero para eso ha de tenerse la seguridad de uno mismo, la propiedad de su persona.

No temáis el amor a la libertad siempre que procedáis conforme a vuestra conciencia, pues si ella nos ha sido dada por Dios, o si resulta que la poseemos por la evolución del espíritu a través de los siglos, que viene a ser lo mismo con más palabras, lo cierto es que no puede engañarnos jamás. Y ahora un aforismo, para no perder la costumbre docente: lo que nos impide que sepan es lo que creemos saber. Y además, el

miedo. Porque nuestro pensamiento está atemorizado como si nuestros abuelos hubieran estado presos. Tenemos que libertarnos también de nuestros abuelos presidiarios. Y ya resulta explicado el por qué de recomendaros la devoción de Sócrates y la lectura de la *Apología*. Agregaré ahora la *Antígona*, de Sófocles. Es la tragedia donde la hija del desdichado Edipo también prefiere afrontar la muerte cumpliendo el deber sagrado y humano de su conciencia: el deber de dar sepultura a su hermano maldito antes que someterse a la ley del tirano de la ciudad. "No temas, le dice a Ismena; es solamente la muerte."

Escuchadme: ninguna ciudad ha sucumbido por la libertad de sus súbditos sino por la servidumbre de ellos; ningún ser humano civilizado puede sublevarse contra las leyes del Estado sino cuando éstas se pervierten y se transforman en yugo que imponen como condición el odio y el temor. Entonces sí, hay que optar entre morir con honra o vivir sin dignidad. Sócrates y Antígona declaran a la sociedad fuera de la ley; ellos son los jueces de los jueces, los legisladores y los maestros por excelencia. El rumbo es el que duerme en vuestra conciencia como el norte en la aguja imanada. Los guías tienen que ser los que señalan los obstáculos y los pasos expeditos aunque no nos acompañen —el maestro de postas tiene otra tarea—, pero siempre que estén en la dirección de vuestra brújula, en la dirección en que queréis ir; o, según la otra metáfora, conforme a los instintos de ruta de los baquianos y rastreadores. El guía tiene que estar puesto —mejor si desde hace siglos— en el camino que por un mandato irrenunciable debéis andar. Y no es que vosotros vayáis a buscarlos donde ellos están aguardándoos como a la espera de incautos, más parecidos a aves de presa que a postes de señales, sino que ya estén ahí, por donde vais. Esto sería suficiente para lo que, también como deber de conciencia os debo decir hoy; hoy que nos encontramos de nuevo para volver a separarnos. Mas algo debo agregar.

Insistiré en el tema de los maestros y los conductores, aunque no tengo em-

peño en dirimir la responsabilidad entre ellos y vosotros. Sospecho que no habéis oído siquiera mencionar por vuestros preceptores a muchos de los que han sido maestros de los maestros de los maestros actuales. Diré Montaigne y Spinoza, Schiller y Hugo, Thoreau y Nietzsche. Me atrevería a decir que no los habéis leído porque no figuran en los textos de las materias didácticas. Y no los habéis buscado en otra parte porque no estáis habituados, como yo lo estuve, a valirme de mis sentidos de orientación en la busca ansiosa de maestros. Verdad es que no enseñan otra profesión que la de la ciudadanía espiritual, que a mi juicio es la auténtica jurisdicción de la soberanía y de la libertad del hombre. ¿O puede andar libre si tiene el alma atada? Yo encontré inesperadamente uno de mis mejores maestros en Thoreau, egresado de Harvard, doctor en filosofía decimos aquí. Y Thoreau lo encontró a su vez en el capitán John Brown, que fue ahorcado por defender a los esclavos negros, en Concord. Dijo Thoreau del capitán Brown: "No fue al colegio universitario llamado Harvard, a pesar de la buena Alma Mater que constituye. No fue alimentado por la papilla que allí se suministra. Como él mismo lo expresa: 'Yo no sé de gramática más que cualquiera de vuestras vaquillonas.' Pero fue la gran universidad del Oeste donde se dedicó asiduamente al estudio de la libertad, por lo que pronto manifestó afición; y habiéndose graduado de muchas cosas, comenzó finalmente el ejercicio público de la humanidad, en Kansas, como todos ustedes saben. Tales eran sus *humanidades* y no estudio alguno de gramática. El habría pasado por alto la declinación errónea de un acento griego, pero en cambio habría sostenido a un hombre tambaleante."

Sin aquellas soberanía y libertad del espíritu que os dije, muy posiblemente mañana cambiaréis de servidumbre y contribuiréis a hacer de los jóvenes lo que han hecho de vosotros: una juventud que busca líderes y no maestros, técnicos y profesionales y no arquitectos de ideas y músicos, escribas y fariseos y no defensores de los esclavos negros. Yo sé que desgraciadamente hay que aceptar las atrocidades de una civilización industrializada y capitalizada, pero no quiero que sirváis a esos menesteres que saben dirigir muy bien los técnicos y los ingenieros de fábricas, los agrónomos y los veterinarios. Ellos no creen en mis ciencias de la cultura y por réplica yo no creo en sus ciencias manuales. A los que me dicen que no entrarán nunca en los templos de mis ídolos, yo les respondo que nunca estaré en sus ferreterías. Si tuviera yo que vivir dialogando con Ford, Taylor y Stajanov en vez que con Montaigne, Balzac y Nietzsche, me sentiría muy desdichado. Me sentiría esclavizado, enyugado en una noria de complicado mecanismo.

¿Que para llegar por fin a la libertad de Montaigne, Thoreau y Simone Weil es preciso atravesar el infierno de las fábricas y de las cárceles? De acuerdo: pero no con la resignación de quedarnos en ellas sino para atravesarlas, como Dante, hacia el paraíso; como una estada infernal hacia la libertad y la justicia verdaderas. \*

\* Discurso pronunciado en la Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca, Argentina.